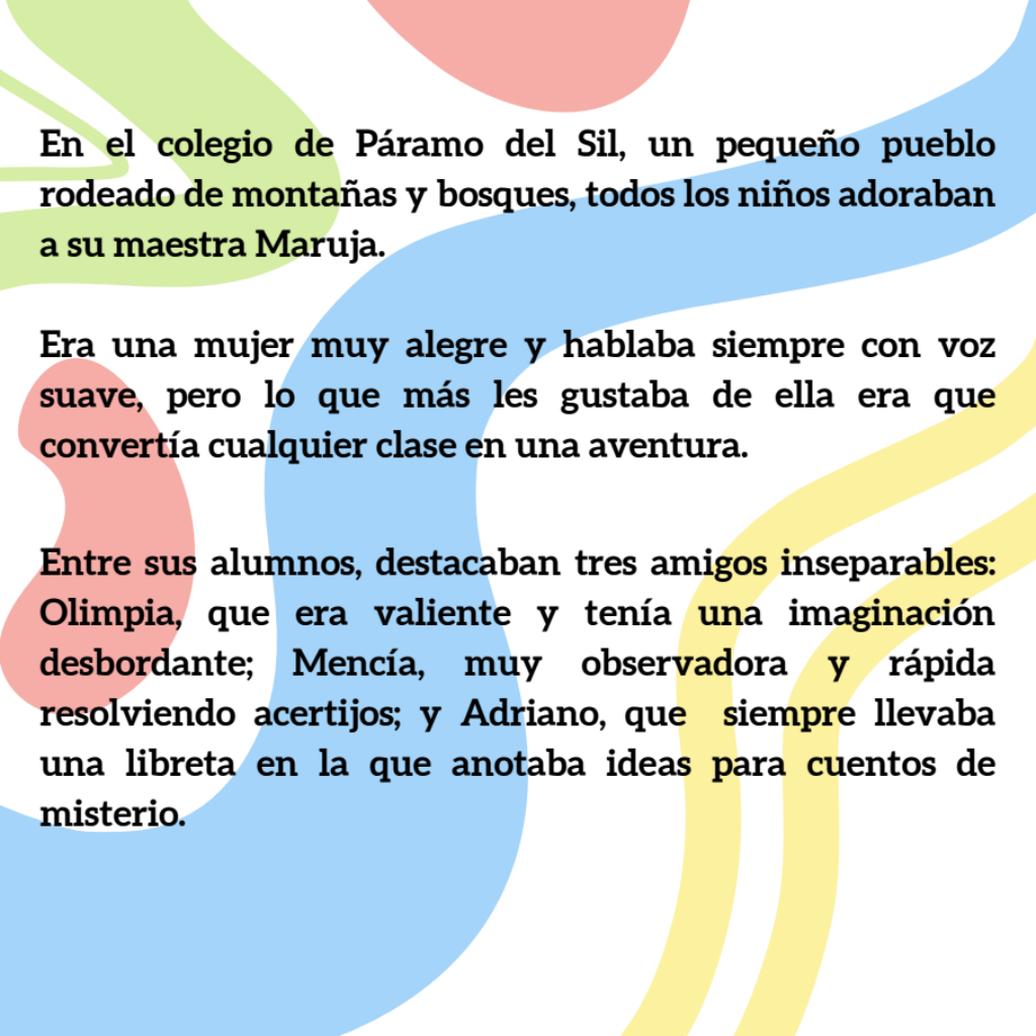


LA MAGIA DE LAS PALABRAS





CURSO 2025 / 2026



En el colegio de Páramo del Sil, un pequeño pueblo rodeado de montañas y bosques, todos los niños adoraban a su maestra Maruja.

Era una mujer muy alegre y hablaba siempre con voz suave, pero lo que más les gustaba de ella era que convertía cualquier clase en una aventura.

Entre sus alumnos, destacaban tres amigos inseparables: Olimpia, que era valiente y tenía una imaginación desbordante; Mencía, muy observadora y rápida resolviendo acertijos; y Adriano, que siempre llevaba una libreta en la que anotaba ideas para cuentos de misterio.



Escuela de
Paramo del Sil

Un día, Maruja anunció una visita especial.

—Mi hermano Ángel vendrá a quedarse un tiempo en el pueblo —dijo sonriente—. Es poeta, y necesita descansar para recuperar fuerzas.

A la semana siguiente, Ángel González llegó a Páramo del Sil. Era un hombre mayor, de ojos bondadosos y sonrisa tranquila. Aunque hablaba poco, cuando lo hacía, usaba palabras tan hermosas que todos quedaban en silencio escuchándolo.

Pronto se hizo amigo de los niños. Les contaba historias de cuando era joven y les enseñaba versos que rimaban como canciones. Incluso escribió uno para la clase:

***“En la brisa del Sil se esconde,
un secreto de voz dormida,
que solo quien sueña responde,
y da vida a la poesía.”***



Un día de otoño, Ángel decidió dar un paseo al pueblo vecino de Primout, un lugar casi mágico, lleno de castaños y casas antiguas.

—Volveré antes del anochecer —dijo al salir, con su bastón y su cuaderno de poemas bajo el brazo.

Pero no volvió.

La noche cayó y Maruja, preocupada, fue al cuartel de la Guardia Civil. Lo buscaron con linternas, llamaron a gritos por el bosque, pero no había ni rastro de Ángel.

Al día siguiente, mientras la clase hablaba en susurros sobre la desaparición, Adriano levantó la mano.

—Seño, ¿podemos ir a buscarlo nosotros? Con cuidado, claro.

Maruja dudó, pero al ver la determinación en sus ojos y los de Olimpia y Mencía, asintió.



—Está bien, pero id juntos y tened mucho cuidado. Ángel es un hombre muy sabio, si puede, os dejará pistas.

Y así empezó la aventura.

Caminaron por el sendero hacia Primout, atentos a cada piedra, rama y sombra. A mitad de camino, Mencía gritó:

—¡Mirad! ¡Una hoja arrancada!

Era una hoja de papel amarillento, escrita a mano. En ella había un cuarteto:

*“Tras el árbol que nunca duerme,
donde canta el mirlo gris,
hay un rastro que se aferra
a los sueños de un aprendiz.”*



—¡Es de Ángel! —exclamó Olimpia—. ¡Nos está dejando pistas!

Buscaron alrededor hasta que Adriano señaló un enorme roble. Detrás, el sendero seguía cuesta arriba. Caminaron más deprisa, encontrando una segunda hoja junto a una fuente escondida entre las rocas:

***“Bajo el agua que murmura
y en la piedra que no engaña,
hallarás la puerta oscura
donde el eco nunca daña.”***

Detrás de la fuente, descubrieron una cueva pequeña. Entraron con linternas. Dentro, había otra hoja, pegada con una piedra:



***“Si tus pasos son valientes
y tu corazón sincero,
vencerás a los ausentes
y a su mundo prisionero.”***

—Esto ya parece un hechizo —susurró Olimpia, con los ojos muy abiertos.

De repente, una sombra cruzó la entrada de la cueva. Era alta, encorvada, y parecía hecha de hollín y petróleo.

—¡Malote Chapapote! —gritó Mencía—. ¡Lo leí en un libro! Es un viejo enemigo de los poetas. ¡Odia la belleza y las palabras bonitas!

Malote Chapapote, cubierto de manchas negras y con una voz burbujeante como alquitrán hirviendo, gruñó:



—Ese tal Ángel me irrita. ¡Solo escribe tonterías que hacen que los niños sueñen! ¡Yo quiero silencio, oscuridad, aburrimiento!

—¡Devuélvelo! —dijo Adriano, dando un paso al frente.

—¡Jamás! —rugió Malote—. Está en mi guarida. Pero no llegaréis jamás. A menos... —hizo una pausa mientras sacaba un pergamino manchado—, que resolváis el último cuarteto.

Se lo lanzó a los niños, que lo desdoblaron temblando:

“Donde el cielo toca el suelo,
y el castaño guarda el fin,
tres voces con un anhelo
romperán el mal sin fin.”

—¿Qué significa? —preguntó Mencía.



—¡El lugar donde el cielo toca el suelo...! ¡Debe ser el claro más alto del monte! —dijo Olimpia.

—Y el castaño... Tal vez haya un árbol especial. ¡Vamos!

Corrieron colina arriba. El aire se volvió más frío, pero sus corazones latían con fuerza. En la cima, encontraron un gran castaño con ramas como brazos abiertos al cielo. Debajo, una trampa de madera.

La abrieron con esfuerzo, y dentro había escaleras que bajaban.

Allí, en una sala oscura, encontraron a Ángel, atado a una silla, aunque sonriente.

—Sabía que vendrías —dijo—. *Mis versos siempre encuentran oídos valientes.*



Malote apareció detrás, furioso, pero antes de que pudiera hacer algo, los tres niños gritaron juntos:

—¡Donde el cielo toca el suelo, y el castaño guarda el fin, tres voces con un anhelo romperán el mal sin fin!

Un viento brillante surgió del suelo, como si la poesía misma cobrara vida. Rodeó a Malote Chapapote, que gritó y se deshizo en una nube de tinta negra que desapareció en el aire.

La sala se iluminó. Las cuerdas de Ángel se soltaron solas.

—¡Lo conseguimos! —gritaron los tres amigos, abrazando al poeta.



Volvieron al pueblo como héroes. Maruja los esperaba con lágrimas en los ojos y una sonrisa inmensa.

Desde entonces, en el colegio de Páramo del Sil, cada otoño celebran el “Día de la Poesía Valiente”, y Ángel González lee versos con los niños bajo el gran castaño.

Y en la cueva donde estuvo Malote, ahora hay una biblioteca pequeña, con libros de poesía, linternas, y un cartel que dice:

“Aquí vencieron las palabras.”

-FIN-



Aquí vencieron las palabras



**ESCRITO Y EDITADO POR EL
EQUIPO CRIE PÁRAMO DEL SIL**

